

Los comestibles norteamericanos y el problema de la tierra

Federico Engels
Fines de junio de 1881

(Tomado de F. Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard (1881)*, Editorial Progreso, Moscú, 1976, páginas 30-33. El *The Labour Standard* (La Bandera del Trabajo) fue un periódico semanal tradeunionista inglés que apareció en Londres de 1881 a 1885 bajo la dirección de J. Shipton, F. Engels colaboró en él de mayo a agosto de 1881 y sus artículos se publicaron regularmente casi todas las semanas, sin firmar, como artículos de fondo, pero Engels tuvo que interrumpir su colaboración debido a la tendencia oportunista general que siguió el semanario. El artículo aquí reproducido fue escrito por F. Engels a fines de junio de 1881 y publicado en el número 9 del semanario, 2 de julio de 1881, como editorial.)

A partir del otoño de 1837 nos hemos acostumbrado por completo a que los pánicos monetarios y las crisis comerciales lleguen a Inglaterra procedentes de Nueva York. De todas las convulsiones que cada diez años se repiten en la industria, la mitad por lo menos tuvieron su origen en Norteamérica. Pero que Norteamérica pudiera conmocionar también las relaciones de la agricultura británica, consagradas por los siglos, revolucionar las relaciones feudales existentes desde tiempo inmemorial entre el *landlord* y el usuario, asestar un golpe a la renta inglesa y arruinar las granjas inglesas, este espectáculo había quedado en reserva para el último cuarto del siglo XIX.

Y, sin embargo, esto es así. El suelo virgen de las praderas del oeste, que ahora no se cultiva en pequeñas parcelas, sino en campos de miles de millas cuadradas, empieza a determinar el precio del trigo, y por consiguiente la renta de la tierra sembrada de trigo. Y ningún suelo viejo puede competir con él. Es una tierra asombrosa, llana y ligeramente ondulada; es un terreno que no han removido potentes conmociones y que se conserva tal y como se fue depositando lentamente en el fondo del océano terciario; un terreno sin piedras, rocas ni árboles, dispuesto para el cultivo sin ningún trabajo previo. No hace falta ni limpiar ni desecar el suelo; basta con pasar el arado y queda listo para recibir la simiente; y rinde veinte y treinta cosechas de trigo sin el menor abono. Es un suelo para una agricultura en escala gigantesca y en escala gigantesca se trabaja. El agricultor británico está acostumbrado a enorgullecerse de sus grandes granjas, que contraponen a las pequeñas granjas de los campesinos propietarios del continente; pero ¿qué significan las mayores granjas del Reino Unido en comparación con las granjas de las praderas norteamericanas, unas granjas de 40.000 acres y más todavía, que trabajan verdaderos ejércitos de hombres, caballos y aperos, ejércitos disciplinados, dirigidos y organizados como los ejércitos de soldados?

Esta revolución norteamericana en la agricultura, junto a los medios de transporte que los inventos de los norteamericanos han revolucionado, han traído consigo que el trigo entre en Europa a unos precios tan bajos, que ningún granjero europeo puede competir con ellos, por lo menos mientras se vea obligado a pagar una renta. Considérese lo ocurrido en 1879, la primera vez que esto se dejó sentir. La cosecha fue mala en toda Europa occidental; en Inglaterra fue pésima. Y, sin embargo, gracias al grano norteamericano, los precios permanecieron casi iguales. El granjero británico sufrió simultáneamente por primera vez una mala cosecha y precios bajos para el trigo. Entonces, los granjeros empezaron a inquietarse y los *landlords* dieron muestras de alarma. Al año siguiente, con una cosecha mejor, los precios fueron todavía más lejos. El precio del grano lo determinan ahora los gastos de su producción en Norteamérica más los gastos de transporte. Y cada año se dejará sentir esto más y más, a medida que en las praderas caigan bajo el arado nuevas extensiones de tierra. Los ejércitos de obreros

agrícolas, necesarios para ello, nosotros mismos los encontramos en Europa al hacer pasar el océano a los emigrantes.

Antes, al granjero y al *landlord* les quedaba el consuelo de que, si el grano no reportaba ingresos, podían desquitarse con la carne. La tierra de labor era convertida en pastizal, y todo volvía a ir perfectamente. Pero ahora han perdido también este recurso. Aumenta sin cesar la cantidad de carne y ganado que se importa de Norteamérica. Y no sólo de Norteamérica. Hay, por lo menos, dos grandes países ganaderos que buscan intensamente el modo de enviar a Europa, y en particular a Inglaterra, su enorme excedente de carne, que ahora no encuentra colocación. Considerando el estado actual de la ciencia y los rápidos éxitos que observamos en su aplicación, podemos estar seguros de que dentro de unos años todo lo más tarde, la carne de vaca y de cordero de Australia y América del Sur llegarán en perfecto estado de conservación y en enormes cantidades. ¿Qué será entonces de la prosperidad del granjero británico y de la larga lista de ingresos del *landlord* británico? Ciertamente que está muy bien eso de cultivar grosellas, fresones, etc., pero este mercado ya se encuentra de por sí bastante saturado. No hay duda que el obrero británico podría consumir muchas más exquisiteces de éstas, pero en tal caso aumentarle lo primero el salario.

Apenas si será necesario decir que la acción de esta nueva competencia agraria norteamericana repercute también en el continente. El pequeño campesino propietario, cargado las más de las veces de deudas en forma de hipotecas, que paga réditos y gastos judiciales en vez de la renta que satisface el granjero inglés e irlandés, este campesino la siente con la misma intensidad. Un efecto peculiar de esta competencia norteamericana es que hace inútil no sólo la agricultura grande, sino también la pequeña, pues tanto una como otra se vuelven desventajosas.

Se podría objetar que ese sistema de agotamiento de la tierra, que ahora practican en el Lejano Oeste, no puede durar siempre, y que los asuntos deberán arreglarse de nuevo. Claro que no puede durar siempre; pero allí hay todavía bastantes tierras no agotadas como para que este proceso se prolongue y continúe también en el siglo próximo. Por si fuera poco, hay aún otros países que ofrecen las mismas ventajas. Existe toda la estepa del sur de Rusia, donde, en efecto, los comerciantes han adquirido tierras y hecho eso mismo. Existen las extensas pampas de la República Argentina, existen otros lugares. Todas estas tierras se prestan igualmente a ese moderno sistema de granjas gigantes y de producción barata. Así que antes que llegue el agotamiento, el sistema se mantendrá aún bastante tiempo, por lo menos el doble de lo necesario para acabar con todos los propietarios de tierra de Europa, grandes y pequeños.

Y bien, ¿a qué conduce todo esto? Esto conduce y debe conducir a que deberemos nacionalizar la tierra y trabajarla mediante sociedades cooperativas bajo el control nacional. Entonces y sólo entonces, para los agricultores y para la nación, volverá a ser ventajoso el cultivo de la tierra, cualesquiera que sean los precios del grano o de la carne de Norteamérica o de otros sitios. Y si, entretanto, los *landlords* se trasladan a Norteamérica, y por lo visto están ya medio inclinados a hacerlo, les desearémos un feliz viaje.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales



germinal_1917@yahoo.es